

# UN RECORRIDO POR LA COMARCA CAMPO DE BELCHITE

Textos de Alejandro J. Ratia

Fotografías de Fiero Estudio. Archivo de la Comarca Campo de Belchite

1/15 FUENDETODOS

Muchos de los visitantes de Fuendetodos se limitan a visitar la casa natal de Goya y el Museo del Grabado, a ver las exposiciones que se suceden en la Sala Zuloaga. Son los espacios más conocidos, y son imprescindibles, pero harán mal si no ascienden, a continuación, las escaleras que conducen a la parte alta del pueblo, donde se halla la iglesia. Esta parte alta del pueblo la recorre la calle del Justicia, que comunica dos bellas plazas, la de la Constitución, junto a la iglesia, y la plaza de Aragón, en su otro extremo. Este último es un lugar especial, que invita al sosiego, rodeado de viviendas bien conservadas y de tipología genuina. Hay un peirón, con Santa Bárbara, en uno de los focos de una elipse, dibujada con guijos, que mantiene las mejores prácticas de la pavimentación tradicional.



En la iglesia se conserva la pila donde fue bautizado Goya. Los desmanes de la Guerra Civil impiden que disfrutemos allí de una obra del propio artista, un encargo recibido cuando él era todavía adolescente. Imaginamos que los vecinos se sentían orgullosos de aquel joven talento local. Se trataba de un armario-relicario abierto en la pared, con la venida de la Virgen del Pilar en las puertas exteriores, y una Virgen del Carmen y un San Francisco de Paula dentro, y una barroca decoración al trampantojo alrededor. En la casa de Goya, en el mismo Fuendetodos, veremos un testimonio fotográfico. Lástima enorme que se perdiera. Muy cerca, a 23 kilómetros, la localidad de Muel sí que conserva pinturas religiosas del Goya joven. Ambas localidades, por cierto, están unidas

por una carretera especialmente atractiva, que sigue el cauce del río Huerva.

Uno de los biógrafos más singulares de Goya, Ramón Gómez de la Serna, no dejó de recoger una anécdota sobre esta pintura de Fuendetodos. Parece que, al regresar a su pueblo en 1808, en plena Guerra de la Independencia, y volver a la iglesia, les hizo a los vecinos el siguiente ruego: "No digáis que eso lo he pintado yo". Podemos imaginar la escena, el comentario jocoso del maestro después de haber disfrutado de un buen almuerzo, como los que se siguen pudiendo disfrutar en su pueblo. Interesante imagen la del Goya maduro contemplando su obra primeriza. El Museo del Grabado de Fuendetodos nos muestra, por contra, las que son posiblemente las creaciones maduras más personales y queridas por el propio artista, sus famosas series de aguafuertes y aguatinas, entre las que destaca una excelente edición de "Los Disparates". Estos "disparates" goyescos han venido inspirando desde el año 2000 a algunos de los mejores artistas contemporáneos, desde Guinovart y Gordillo hasta José Manuel Broto o Cristina Iglesias, quienes han participado en el proyecto "Disparates de Fuendetodos", ediciones de obra gráfica que se pueden contemplar en el propio museo, junto a los grabados de Goya.

De uno de los mejores escultores de la primera mitad del siglo XX, Julio Antonio, es el autor del busto de Goya que está en la plaza de la Constitución. Este escultor falleció muy joven, en 1920, meses antes de que su obra fuera inaugurada. En el pedestal consta esta inscripción: "PARA QUE EL ESPÍRITU DEL ARTISTA INMORTAL, QUE LA GLORIA EXTENDIÓ POR TODO EL MUNDO, VIVA EN EL PUEBLO QUE LE VIO NACER". Como tantas otras cosas, Fuendetodos le debe este monumento a Ignacio Zuloaga, que lo sufragó junto a algunos amigos de Zaragoza. A Zuloaga se debe también la compra y conservación de la casa natal de Goya, convertida en lugar de peregrinaje, y la financiación de unas nuevas escuelas, que son ahora la sala de exposiciones con su nombre. Y en términos inmateriales, pero más importantes, se le debe la idea de hacer de Fuendetodos una referencia en cuanto a Goya y su mundo se refiere. Impresiona ver ahora las fotos de Zuloaga atrayendo hasta el entonces olvidado Fuendetodos a sus amigos, en romería espiritual, personajes como el citado Julio Antonio o como Manuel de Falla. Se dice, por cierto, que esta visita de 1917, y las jotas que vio bailar en Fuendetodos, le dieron a Falla la idea de cerrar con una gran jota su ballet "El sombrero de tres picos".

## 2/15 AZUARA

Roberto Calasso, recientemente fallecido, compuso un fabuloso compendio de la mitología clásica en sus "Bodas de Cadmo y Harmonía". El título se justifica porque ese evento, esas nupcias, fueron una última excusa para reunir en Tebas a dioses y hombres. Zeus y Cadmo, nos dice, estuvieron sentados juntos y sirviéndose el vino mutuamente. Los dioses se sintieron como en casa en una ciudad y un palacio que les recordaba a sus moradas.

Aunque se trate de un asunto atractivo, que permite una foto de grupo de los dioses del Olimpo, no es frecuente encontrarlo. Por ello, el gran mosaico de la villa de La Malena, junto a Azuara, representado tal escena, es de una importancia enorme, mayor aún si se trata de un trabajo de una calidad extraordinaria. En el centro de la composición, un anchuroso Zeus ampara en sus brazos abiertos a los novios. El resto de los inmortales los rodean, y entorno a ellos se desarrolla un complejo programa decorativo. Los arqueólogos nos dicen que esta villa romana, de grandes proporciones, data del siglo IV, es decir, de un momento en que el paganismo estaba apagándose, bajo la presión del cristianismo. En ese tiempo, uno de los últimos poetas paganos, Nono de Panópolis, se ocupó también de narrar esas bodas de Cadmo y Harmonía.

Una villa como la de La Malena, en su mejor momento, pudo considerarse un cielo bajado a la tierra, un lugar idílico, propio para convencer a los dioses para que se paseasen por la tierra. La familia patricia que allí vivió eligió este paraje privilegiado, a orillas de rumoroso río Cámaras, muy cerca ya de su fusión con el Aguasvivas en Letux. Estos parajes son el contraejemplo de lo que se imagina el común de los mortales al pensar en la Comarca de Belchite: son toda una teoría del regadío, del huerto, del bosque fluvial humanizado que supo desarrollarse allí desde tiempos de los romanos, mejorándose con los musulmanes, y manteniéndose hasta vísperas de nuestro tiempo, en que reina (mucho me temo) uno cierto abandono, que no impide hallar por allí una poesía paisajística muy especial.

La Malena, descubierta en 1988 y sometida a una larga tarea de excavación y estudio, tras demasiados años de espera, está a punto de abrirse al público, momento en que se convertirá en uno de los atractivos mayores de la comarca y de la provincia, un lugar que puede merecer la pena tanto como La villa de Casale, en Sicilia, punto de peregrinación de miles de turistas, y donde se muestran mosaicos más o menos contemporáneos de los azuarinos, y no mejores.

En el marco de una geografía árida, la dulzura del paisaje fluvial y la música de las aguas del Cámaras y de sus acequias paralelas se agradece especialmente. Pocas cosas más agradables que escuchar el agua delante de la ermita de San Nicolás, separada de Azuara por el cauce del río. Esta ermita es hermana de otra que hallaremos en Moyuela. Ambas son ejemplos excepcionales del románico al sur del Ebro. Segunda mitad de siglo XIII. La bella portada, de triple arquivolta, se adelanta unos pasos en el muro lateral, y nos deja entrar a una nave que conserva un conjunto de frescos góticos muy relevante, en diferentes estados de conservación.

En esa margen del río, sin perder de vista Azuara, en una pared de conglomerado, hay un conjunto de cuevas, que cumplieron algún papel durante la guerra civil, y se han venido utilizando como lugares de recreo, por parte de los vecinos. El sendero que pasa frente a ellas es recomendable por lo pintoresco de la geología, y por las raras formaciones rocosas que hallaremos al final.

Me atrevo a pensar que esta rara geología pudo influir en deriva surrealista de Luis García-Abrines Calvo (Zaragoza, 1923-New Haven, Connecticut, 2016). Poeta, artista plástico, pionero del collage en España, musicólogo, impredecible, se trata de un personaje único. Un panel lo recuerda, a orillas del Cámaras, en Azuara. Aunque no naciera allí, García-Abrines se sentía azuarino, como su madre, y lo tenía a gala. Fue profesor en universidades norteamericanas, pero no se olvidaba de su pueblo. Uno de sus libros lo fechó en Azuara on Hudson.



Visto desde esta parte, el perfil de Azuara está dominado por su iglesia, que sigue ese modelo de las iglesias-fortaleza que marcó Tobed. Una galería circular alrededor de la nave, dibujada por elegantes arcos apuntados. Como en tantos casos, este diseño original mudéjar, que data del siglo XV, se vio alterado en el floreciente siglo XVIII. En los muros, se observará el motivo

de la cruz flordelisada, que también aparece en Zaragoza, en San Miguel de los Navarros. La prestancia de esta iglesia nos habla de una población que fue importante, villa de realengo, libre de servidumbres nobiliarias. La rodeaba una muralla elevada en tiempos islámicos. Por la calle Extramuros, aprovechada por la carretera, quedan restos de esa muralla, que, poco a poco va siendo recuperada. Contra ella se apoyan algunas casas encaladas, como tantas otras del pueblo, que mantiene una fisonomía atractiva por la que es grato pasear.

Un segundo testimonio mudéjar se encuentra a ese lado del pueblo, sobre un altozano: es la ermita de San José. En su curiosa estructura destacan su gran cabecera poligonal –que invita a pensar en recrecimiento del templo que quedó a mitad–, y la torre que queda a los pies, una torre de poca altura, con curiosa decoración de ladrillo, en forma de esquinillas, pero resuelta de forma nada ordinaria. Cerca quedan las piscinas municipales, y una zona arbolada.

También a ese lado del pueblo, donde se separan las carreteras hacia Plenas y Letux, se halla otro de los atractivos de Azuara, su gran nevero, un tipo de construcción que también se da en otros pueblos de la comarca como Fuendetodos. Podremos entrar bajo su gran cono, que recuerda de lejos a uno de esos hornos para tajine, y ver cómo va recorriendo su interior la luz cenital, dibujada por el óculo de su vértice.

### 3/15 PLENAS

El río de Santa María o río Moyuela es otro de los afluentes del Aguasvivas, junto al Cámaras. Las aguas de uno y otro nacen en la vecina sierra de Oriche, en la provincia de Teruel, el Santa María regala algunos bellos paisajes cuando entra en el término municipal de Plenas. Junto a su cauce se halla la ermita de Nuestra Señora del Carrascal, de larga historia, a un tiro de piedra del pueblo. Esta advocación habla de las carrascas o encinas que se supone que aquí abundaron, pero el árbol que veremos hoy que domina el paisaje, en la margen izquierda del río, es el almendro. El pueblo es famoso desde hace unas décadas por la dedicación a este cultivo y por la calidad de sus almendras.



Como en otros pueblos de la zona, Plenas mantiene un diálogo histórico con su río y sus fuentes. Uno de los elementos más singulares de la localidad es su lavadero, y la balsa que queda junto a él, y adonde conduce un agradable camino desde el río. Este lavadero posee una llamativa estructura, un tejado a un agua de gran pendiente, abierto al lado del

río, con dos pilares de ladrillo que soportan dos tirantes. Lugar donde reposar a la fresca en los veranos. No lejos para otros dos de los símbolos del pueblo, la parroquia y los restos del castillo.

La iglesia de Nuestra Señora de la Piedad quedó dañada en la Guerra Civil, pero se salvaron, entre otras cosas, su espectacular torre, que parece construida entre el XVI y el XVII. Como sucede por toda la comarca, el buen hacer de los maestros mudéjares dejó como herencia la devoción por el ladrillo, aunque los motivos se acomodan después a las nuevas maneras italianas y protobarrocas: pilastras, arcos, rombos y óculos se suceden en sus varios cuerpos, combinando orden y variedad.

Las disputas entre Castilla y Aragón, durante el siglo XIV, dieron pie a que se construyeran, por esta zona, castillos como el de Plenas. Lamentablemente, se derribó tras la Guerra Civil, para ampliar la plaza, dejando sólo un muro de ladrillo como testimonio, posible pared de la torre del homenaje, muro que se aprovechó para construir una fuente nueva fechada en 1951. Sobre esa fuente vemos el rótulo de la plaza abierta allí: "Manuela Sancho". Y no es casualidad que se nombre así el lugar central del pueblo, porque si hablamos de señas de identidad, el mayor orgullo de Plenas es Manuela Sancho y Bonafonte, nacida allí en 1783, la heroína de los Sitios de Zaragoza.

Trasladada con sus padres a la capital aragonesa, la joven Manuela Sancho se prestó a ayudar a los defensores del primer sitio, con el peligroso rol de proveedora. En el segundo sitio, no obstante, decidió tomar las armas, recorriendo con su fusil las calles, disparando cañones. Pérez Galdós la convierte en uno de los personajes de su "Zaragoza", en los "Episodios Nacionales". "Más que ninguna valerosa", dice de ella, al describirla abriendo fuego contra los franceses. Pero también habla de su talento al bailar la jota. Manuela Sancho tuvo una vida

larga (para su época) y falleció en 1863 en Zaragoza, donde era un mito. No es fácil que Galdós la conociera, pero sí que le hablaran de ella quienes la conocieron. Existe una fotografía suya. Impresiona esta imagen, como impresionan las fotos de todos esos personajes que conocieron el final del XVIII y las guerras napoleónicas, y vivieron lo suficiente para plantarse ante una cámara. Basado en esta foto hay un excelente dibujo de Ángel S. Tomás, que se puede ver, junto a muchas otras cosas, en el Museo dedicado en Plasas a Manuela Sancho, y que ocupa su casa natal. Un museo que no sólo habla de la heroína, sino también de la historia y costumbres de Plasas.

En una plazuela con mirador, junto al Museo de Manuela Sancho, le sorprenderán dos cosas al visitante. La primera, un cañón auténtico. La segunda, unas pinturas en los muros, resueltas en negro sobre la cal, siluetas que representan dos escenas de la Guerra de la Independencia, la una tomada de Goya y su tres de Mayo; la otra, un episodio de los Sitios, protagonizado, por supuesto, por Manuela Sancho. Pero no es el único cañón, ni son las únicas pinturas de este tipo que hay en Plasas. En homenaje a la “mayor artillera de los Sitios” (que nos perdone Agustina de Aragón, pero lo dijo Palafox), el ejército español donó a su pueblo varios cañones, que podemos entretenernos en buscar. Y en cuanto a las pinturas, no son sino parte de un programa de decoración mural mucho más amplio, que, si nos fijamos bien, ocupa paredes de toda la localidad, ¡hasta en 26 emplazamientos! Ignacio Navarro y Ángel S. Tomás fueron quienes iniciaron el proyecto en el verano de 2011, recreando a modo de sombras, y a tamaño real, personajes, tradiciones y oficios de pasado como el de los gaiteros.

Esos dos artistas y otros más, que les han sucedido en el empeño, han convertido las calles de Plasas en memoria gráfica. Uno de los murales más curiosos es el dedicado al “Reinau”. Y merece una explicación. Se trata de una tradición que está recuperándose en Plasas, vinculada a las fiestas de invierno, en concreto a San Antón. Existen estos bailes del “Reinau”, es decir, del reinado, también en otros pueblos, por ejemplo, en Estercuel, con sus variantes, son siempre costumbres ligadas con los ciclos carnavalescos y transgresores del invierno. En Plasas, se elegían un rey y una reina, tocados de forma singular, con los que llamaban los chapirones (“chapeau”, sombrero), y presidían una danza burlesca. Su música se ha recuperado e, interpretada por dulzaina y tamboril, podemos asegurar que es de lo más pegadizo. Y en cuanto a la letra, no es de extrañar que tuviera problemas de censura, pero, en el fondo, más que con el himno de Riego, la debemos emparentar con los viejos mitos, en los que los dioses bajaban a juntarse, disfrazados de animales, con las reinas. Transcribo y dejo que el lector opine:

Con el chapirón, chapirón,  
chapirón de la reina, la reina.  
Con el chapirón, chapirón, chapirón del rey  
¡Bien!  
La reina está preñada, preñada  
y el rey no sabe de quién.  
¡Bien!  
Unos dicen que es de toro, de toro  
y otros dicen que es de buey.  
¡Bien!

#### 4/15 MOYUELA

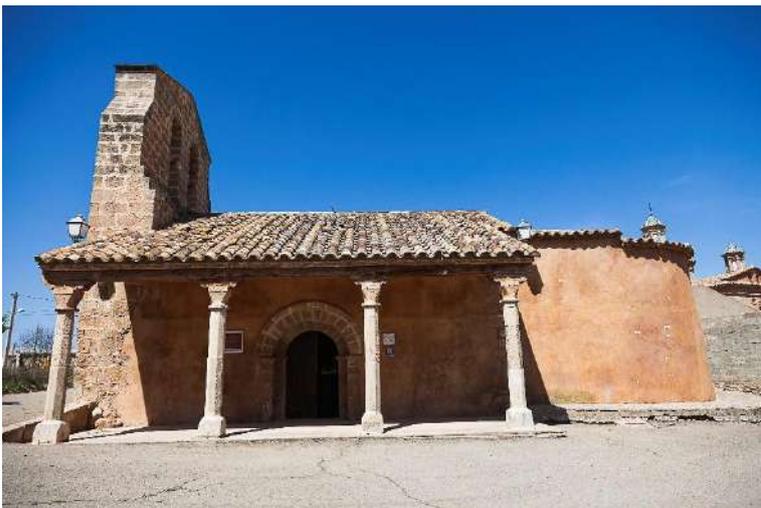
Desde la armoniosa fuente de piedra de Moyuela, con sus tres caños, la torre mudéjar de la parroquia parece que nos mire por encima de los tejados. A modo de una boca, un gran y único arco nos muestra las campanas, sobre él se abren dos arcos simétricos, en el siguiente piso. Para ver bien esta torre y disfrutar de la variedad de su decoración en ladrillo rojizo, rombos, esquinillas, etcétera, nos conviene pasar a la otra calle, uno de los ejes del pueblo, la calle Apaolaza, porque alejándonos de la iglesia obtendremos su mejor perspectiva, enmarcada por casas de fisonomía genuina y bien cuidadas.

El nombre de esta calle recuerda a un hijo de Moyuela, tal vez el más célebre entre ellos, don Pedro de Apaolaza y Ramírez (1567 – 1643), que murió siendo arzobispo de Zaragoza, pero que quiso reposar en su pueblo natal, dedicándosele un interesante monumento fúnebre, otro de los atractivos, junto a su torre, de la parroquia. El retrato que veremos sobre la lápida es copia del que le hizo, según parece, el gran Jusepe Martínez, y que se conserva en el Palacio Episcopal zaragozano. Jusepe Martínez fue de los artistas que se beneficiaron del mecenazgo de Apaolaza, un obispo que lo había sido antes de Barbastro, Albarracín y Teruel, gran humanista y teólogo. La devoción a la Virgen del Pilar se vio potenciada al final de su episcopado, pues fue él quien firmó la autenticidad del milagro de Calanda.

Regresando a la ancha calle de la fuente, a unos pasos de ella y del contiguo abrevadero, se encuentra el lavadero, estructura techada y abierta al exterior por su lateral, y que se ha aprovechado recientemente para exponer una serie de paneles informativos, muy bien documentados, relativos a los distintos monumentos y atractivos de la localidad. Merecerá la pena dedicarles un tiempo.

Uno de esos monumentos se halla al cabo de esa misma calle, y es la ermita de San Clemente, próxima ya al cauce del río Moyuela. Esta ermita, de unas dimensiones más que considerables, es uno de esos ejemplos de templos en cruz griega, sembrados de linternas, dulcificado por tres ábsides semicirculares, que semejan la silueta de una flor. Un ejemplo de barroco pleno, de mediados del XVIII. Y un edificio muy querido por los vecinos, escenario predilecto de bodas y bautizos. Sobre la linterna de su cúpula central gira una veleta con un gallo, el gallico, convertido en el símbolo del pueblo.

Al gallo se le homenajea en una escultura de forja, alzado sobre una columna, obra del moyuelino Lorenzo Crespo Aznar, en un bonito rincón ajardinado, pero hay otro monumento al ave en cuestión que nos sorprenderá algo más. Desde el año 2008, un espectacular gallo de chapa de metal de hasta 10 metros de altura alarga su cuello sobre el mirador de Santa Bárbara, elevado sobre el pueblo, al otro lado del cauce del río. Fue una iniciativa de la muy activa Asociación Cultural Arbir Malena.



No lejos de la gran ermita barroca de San Clemente y de su veleta, se halla lo que supone, tal vez, el secreto más curioso de Moyuela: la ermita de Santa María de Allende. Uno de los escasos ejemplos de románico al sur

del Ebro, ermita hermana de otra que habíamos hallado en Azuara. La virtud de este pequeño templo es su simplicidad. El ábside, revocado de cemento, no rompe su humilde geometría sino para abrir una ventana. La portada está protegida por un porche que sostienen cuatro columnas. La decoración se limita a unas toscas, esquemáticas cabezas. Sólo la espadaña de piedra eleva un poco el tono de la voz, todo lo demás es el más poético de los silencios.

## 5/15 MONEVA

El término de Moneva linda al sur con otros dos que son ya provincia de Teruel, Comarca de las Cuencas Mineras: Muniesay Blesa. Entre Blesa y Moneva parece que existió en su día otro pueblo llamado Sanchet o Sanched, que quedó abandonado, y sus tierras, repartidas. En aquel paraje fronterizo se halla la ermita de Sanched, que pertenece a Moneva, sucediendo, sin embargo, que el paraje inmediato, donde se disfrutaban los almuerzos tras la romería, es ya turolense.

En cualquier caso, esta humilde ermita medieval, del siglo XIV, es una parte importante de las señas de identidad de Moneva. Dentro nos espera una curiosa sorpresa. Bajo sus arcos góticos y encalados encontraremos unas pinturas murales que son mucho más recientes, obra del artista zaragozano Jesús Barranco –que es vecino de la comarca, establecido hará unos años en Almonacid de la Cuba. Lo que veremos en las paredes son representaciones de la vida de Cristo, cosa que supondría novedad alguna. Lo verdaderamente original es que todos los modelos de sus personajes son vecinos de Moneva. O casi todos, porque hay algún invitado comarcano. Lo que vemos se parece a una de esas representaciones, desde el Belén Viviente a la Pasión, en las que los habitantes de un pueblo se convierten en actores por un día. Pero aquí han sido inmortalizados. Como si fuera un pintor medieval, Barranco no ha huido del anacronismo, y detrás del Cristo resucitado y de las santas mujeres, lo que vemos es la iglesia de Moneva, con su inconfundible torre, recortada contra el bonito paisaje que ha excavado por allí el Aguasvivas.

El Aguasvivas, eje fluvial de la comarca, entra en ella por allí, precisamente, al pie de la ermita de Sanched. Lástima que desde mediados de los sesenta el río se domesticase, transformándolo en lo que llaman el canal de Moneva, que lo encauza rígidamente desde Blesa, una decisión de tiempos tecnocráticos y que ha hurtado a las nuevas generaciones la experiencia de bañarse en sus pozas, o de escuchar el sonido de su corriente, algo que añoran quienes lo conocieron.



En cualquier caso, lo que no pudieron robar al pueblo fue la pintoresca geología que esculpió ese río mientras le dejaron, y que puede disfrutarse desde la plaza de la iglesia. Conviene sentarse un rato allí, en el pretil que la rodea. A un lado, el cauce del Aguasvivas, y los roquedos grises, tachonados de matorrales; al otro, la mampostería del muro

parroquial. Dos modelos de caos ordenado, e invitación doble al descanso de la vista. De allí, conducen a la parte baja unas atractivas rampas, rodeadas de muros de piedra.

Merece la pena, si se puede, visitar el interior de la iglesia, de transición entre el XVI y XVII, con bóvedas decoradas con yeserías, más renacentistas que barrocas, como también resulta de espíritu clásico su portada, tan simple como bella, abierta en un lateral. Si exploramos un poco más, junto al frontón que está junto al templo, apreciaremos que antaño se abría otra puerta mayor, ahora obstruida, y que permanece allí como una cicatriz del tiempo.

Cerca del pueblo hay varios parajes de interés. Está lo que llaman el “Volcán de Moneva”, u “olla espartera”, y que es, en realidad, lo que los geólogos llaman un diapiro, un fenómeno de la erosión. Y está el embalse de Moneva, compartido con Samper del Salz, excusa para varias rutas senderistas, y donde se puede practicar la pesca deportiva.

Una subida nada difícil, conduce al paseante hasta las Cucutas, a 989 metros, dos cimas gemelas, que son los puntos más alto de la Comarca de Belchite. Lo atestigua un vértice geodésico en una de ellas. El camino, en buena parte, estará sombreado por pinos y carrascas, y hacia su final, con un poco de suerte, se encontrarán fósiles marinos, a los que en Lécera llaman “pichilinas”, pequeñas terebrátulas del Jurásico. Desde lo alto, quedarán al sur el territorio de la turolense Sierra de Arcos, y al norte, Lécera y el campo de Belchite, con los Pirineos como telón de fondo si las condiciones atmosféricas son benignas. Cosa que favorecen los días claros de invierno. La altura invitaba también a la construcción de neveras de piedra, de las que se conservan dos, no lejos de las Cucutas, las de “La Val” y de “Las Muelas”.

Los inconvenientes del clima extremo y la aridez son ventajas para el cultivo de la garnacha. Lécera ha sabido sacar partido de ello, y se ha hecho un pueblo famoso por sus vinos. Sus bodegas han cosechado premios dentro y fuera de España. Esas mismas condiciones extremas lo han hecho cuna de grandes joteros, entre ellos, Jesús Gracia, según el experto Javier Barreiro, el mayor representante de la jota cantada en la segunda mitad del siglo XX.

Otro de los hijos ilustres de Lécera fue el escultor Fernando Bernad, nacido allí en 1913, y fallecido en 2005 en Barcelona, la ciudad donde se formó y donde se hizo un gran nombre. Discípulo de Joan Rebull, colaboró con él en el Monasterio de Montserrat, y expuso tanto en la ciudad condal como en París. Es un gran representante de la tradición figurativa, renovada tras el noucentisme catalán. Lo demuestra la escultura en bronce que dedicó a su pueblo en 1993, una Maternidad, delicada y austera, que pide silencio para un niño dormido. Este sentido de silencio y calma domina toda la plaza donde se encuentra esta escultura, un entorno muy cuidado, donde se encuentran dos de los referentes arquitectónicos del pueblo, la casa palacio de los Muniesa, que sigue los arquetipos constructivos aragoneses, y la iglesia parroquial de Santa María Magdalena, que es uno de los mayores y más interesantes templos de toda la comarca.



Conviene darle la vuelta a la iglesia, alejarnos un poco, para tener una mejor vista de su estupenda y alta torre barroca, adosada a la fachada, toda de ladrillo, salvo su basamento, y que parte de un austero cuerpo de sección cuadrada, para transitar a otros octogonales, engañando esa transición con cuatro pináculos, a modo de torres en miniatura en cada esquina. Casi escondida junto a la base de esa torre, junto a un ciprés, una elegante fuente de tres caños configura uno de los rincones de mayor encanto del pueblo. Pero es importante seguir recorriendo el perímetro del templo, para descubrir las adiciones de capillas a la fábrica original, para seguir las trazas de lo que sobrevive de su galería de arquillos, según el modelo de las iglesias-fortaleza mudéjares, y descubrir el solemne ábside renacentista, cuidadosamente construido en piedra, con unas sólidas columnas cilíndricas, rematadas por

pináculos, en cada esquina del polígono que configura. Desde esa parte trasera, los elementos de los distintos siglos (la torre, al fondo, la galería, el ábside rotundo) se suman sin contradecirse.

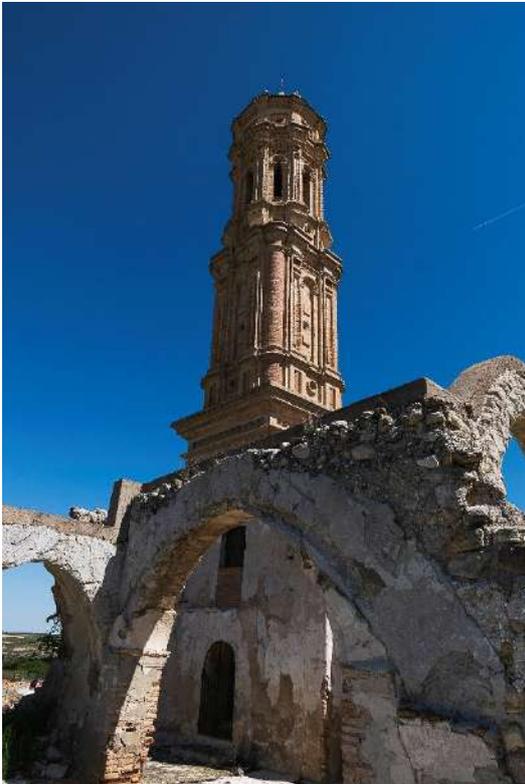
El interior es barroco en el sentido más estricto. Juega a confundirnos. Parece que la iglesia tenga tres naves, pero se trata de capillas añadidas por las que puede transitarse. Las decoraciones ocultan la estructura de las bóvedas de crucería, y en las nuevas cúpulas la profusión de yeserías y esgrafiados finge paraísos celestes, iluminados por linternas, como en esa cúpula habitada por numerosos angelotes. Bajo esta decoración churrigüesca se esconde la decoración mudéjar primitiva, y en algunos puntos, intervenciones recientes permiten que asomen detalles en alabastro, parecidos a los que dan su fama a la iglesia de Tobed.

Dentro del casco urbano de Lécerahay otro lugar especialmente hermoso es la plaza del viejo lavadero. Una plaza amplia, alargada. Tras el lavadero, con sus pilastras de piedra, se suceden allí una serie de viviendas, de alturas disímiles y pintadas de colores diversos, que configuran uno de los espacios urbanos más vivos de la comarca.

En el término de Lécerahay dos ermitas. La de Santa Bárbara se halla en los rudos paisajes del camino que lleva a Muniesa. La de Santo Domingo se halla más cerca del pueblo. Un corto paseo, custodiado por árboles, conduce a ella. Es otra de las varias ermitas barrocas de la comarca, pero posee algunas peculiaridades frente a las de Letux o Almonacid, tal como su planta de cruz latina, y no griega, y el diseño poligonal de los tres ábsides.

## 7/15 SAMPER DEL SALZ

Entre las torres del Campo de Belchite puede que la más espectacular esté en Samper del Salz. Al margen de su gran altura y esbeltez, se sitúa de por sí en un lugar elevado, que domina el cauce del Aguasvivas. El viajero se sorprende al descubrir que no se trata de la torre de la actual iglesia parroquial (esta es otra hermosa construcción que se halla más abajo, en la calle Mayor) sino que pertenece a la antigua, uno más de los testimonios cistercienses de la comarca. Esta torre se mantiene entera, ofreciéndonos todo su lujo de decoración en ladrillo, mientras que los arcos de la vieja iglesia aparecen desnudos, derrumbadas sus bóvedas. Es la de Samper una de esas torres barrocas donde sobreviven algunos motivos mudéjares, pero donde sobrevive, sobre todo, el saber hacer de los maestros albañiles, que dibujaron con ladrillos columnas, capiteles, óculos, etcétera. A lo alto de esta torre, además, puede subirse, si alguien nos la abre, un esfuerzo que recompensará una vista de pájaro sobre el territorio, donde diferenciaremos el verdor de la vega, y la aridez de los llanos que se asoman hasta las paredes rocosas del cauce.



El nombre de Samper deriva de San Pedro, y el primer papa sigue siendo el patrón del pueblo. Lo de Salz, derivado de “salice” o sauce, podría relacionado con el Santuario de Nuestra Señora del Salz, donde se habían asentado monjes cistercienses. Estos monjes tuvieron un papel importante en la colonización del valle del Aguasvivas, conocido por entonces como el Albayar, topónimo árabe que hacía referencia a sus abundantes pozos. Los restos de ciertas obras hidráulicas son testimonio de aquel tiempo. No obstante, a finales del siglo XVIII sucedió que, habiendo crecido la población, la iglesia cisterciense se les quedó pequeña, y pidieron la construcción de una nueva, más abajo, y de mayor capacidad. Esta es la actual parroquia de San Pedro, de torre muy modesta, pero de bella estructura de cruz griega. Se hizo en tiempos del obispo Agustín de Lezo y Palomeque, el mismo que fundó el pueblo de Almochuel. Es un ejemplo de neoclasicismo

firmado por Vicente Gracián, un arquitecto que tendría cierto protagonismo en la Zaragoza de los Sitios.

El pueblo de Samper se articula, en lo fundamental, a lo largo de la Calle Mayor, paralela al río. En esta calle encontraremos otro atractivo, al margen de la iglesia: es el Espacio Fortún. Este centro cultural está dedicado al pintor Antonio Fortún (1945-1999), que era hijo del pueblo. Este artista, prematuramente fallecido, tuvo gran relevancia en el arte aragonés, y no sólo por su faceta creativa, sino también por su trabajo como galerista. Fundador del Grupo Azuda 40 en los años setenta, se puede decir que en él se unen lo aragonés y lo oriental, la racionalidad y el lirismo, condición que puede apreciarse en las obras que aquí hallaremos.

**Fuentes:**

**“La construcción de las iglesias de Samper del Salz, Mezquita de Loscos y Santonela”, artículo de J M Marco**

**“El cister zaragozano en el siglo XII. Abadías predecesoras de nuestra señora de Rueda de Ebro. Fuentes históricas aragonesas”. Libro de Concepción Contel Barea. IFC. Zaragoza**

## 8/15 LAGATA

Al igual que Codo y que Samper de Salz, la historia de Lagata está ligada a Monasterio de Rueda y a los cistercienses. Fue en 1220 cuando el abad Raimundo otorgó Carta de Población en favor de sus habitantes. Durante siglos, los colonos del lugar tuvieron restringidos sus derechos de propiedad. Se les impuso la restricción de construir iglesia, molino, horno, pues eran monopolio de los monjes, quienes decidían también sobre los sacerdotes que cuidaban de sus almas.

De aquel pasado cisterciense de Lagata queda poco, apenas una puerta ojival en cuya clave aparece un escudo. Ese escudo repite, invertida, esa misma ojiva. La puerta en cuestión, que alude al pasado medieval del pueblo, conduce, y no es casualidad, a un centro cultural modélico, que quiere ser custodio de la memoria colectiva: "El baúl de Lagata". Allí, vecinos y visitantes, pueden rememorar los modos de vida del pasado a través de textos y de fotografías históricas.



Junto a este centro cultural se halla la iglesia. Su fábrica actual corresponde a un barroco austero, que puede calificarse de carmelitano, parco en decoración, pero resuelto con la enorme dignidad de los procedimientos constructivos tradicionales. Una restauración reciente confiere protagonismo de su fábrica de tapial en varios estratos, y rescata la curiosidad de su portada en dos fases, con sus ejes desplazados, una en ladrillo y otra, conteniéndola, en mampostería.

La torre de esta iglesia no da a la plaza, sino al camino de la Ermita y a los campos que median entre el pueblo y el cauce del Aguasvivas, atravesados por alguna acequia. La torre tiene dos cuerpos, y el primero, de planta cuadrada, y de estilo mudéjar, es anterior al resto de la iglesia, y se piensa que data del XVI. El superior es barroco. Es el perfecto ejemplo de ese collage de mudéjar y barroco que caracteriza tantos templos aragoneses,

pero que demuestra la continuidad del saber decorar con el ladrillo, o lo que es lo mismo, del trabajar con la luz y la sombra.

## 9/15 LETUX

El pasado y la fisonomía urbana de Letux vienen marcados por la presencia del palacio de los Marqueses de Lazán, edificio enorme y de compleja estructura y más compleja historia. Esta historia habla de Berenguer de Bardají, que compró el señorío de Letux en 1409, y a cuya familia perteneció el palacio hasta su particular fin de raza, momento en que pasó a los Rebolledo de Palafox, marqueses de Lazán. Corría el año 1761. Y aunque el palacio, propiamente dicho, fuera construyéndose entre los siglos XVI y XVIII, existió, apegada a él una fortificación previa, un castillo del siglo XV, y del que queda, como elemento fundamental, una extraordinaria torre mudéjar. Su singularidad es su uso civil, defensivo, pero comparte motivos decorativos en ladrillo (esquinillas, tresbolillo, zigzag) con sus coetáneas religiosas. También como en las de muchas iglesias, el arranque de esta torre es de mampostería. Su sencillez y la mayor proporción de piedra frente al ladrillo, la asemejan a la de la iglesia de Moneva. Alzándose entre las ruinas del palacio, configura una imagen singular, potente, donde, curiosamente, la provisional cubierta metálica a dos aguas, que la protege desde hace unos años, acierta a fingir su verosímil silueta medieval, semejante a la que vemos en ciertas torres



italianas.

Es mucho lo que la imaginación debe sumar a lo que queda del castillo o del palacio. Nuestra percepción variará mucho según nos acerquemos desde la señorial plaza de España, o desde la circunvalación del pueblo, siguiendo el cauce del Aguasvivas. Desde la plaza se nos muestra el conjunto de las fachadas de la iglesia y del palacio, edificios contiguos y comunicados entre sí, algo que simbolizaba a las claras, el señorío de los Bardají y de los Rebolledo de Palafox sobre vidas y haciendas. En el palacio apreciamos, como en tantos palacios aragoneses, la galería superior de arquillos, y una llamativa puerta, que dio paso a un patio señorial hasta que, tras la decadencia de sus propietarios, se convirtiera en un edificio de viviendas más bien caótico, abandonado después y, hoy, en un notable problema de conservación, en el que sólo se han

podido adoptar medidas básicas, de derribo de estructuras en peligro y consolidación de lo primordial.

La Fundación Casa de Alba conserva el retrato que hiciera Goya a Doña María Gabriela Palafox y Portocarrero (1779 - 1828), esposa, pero también prima de Luis de Rebolledo de Palafox y Melzi, IV marqués de Lazán, Navarrés, Cañizar y San Felices, Grande de España. Señor de Letux. Podríamos pensar que este retrato se pintó en Letux, pero los marqueses disponían de múltiples palacios en sus variados señoríos y en Zaragoza. Posiblemente se pintó en Madrid, hacia 1804. Pero no fue la única de esta familia en ser retratada por Goya. El Prado conserva un gran retrato ecuestre del cuñado de María Gabriela, el general José Rebolledo Palafox y Melzi, el defensor de Zaragoza.

Girando alrededor del palacio de los marqueses, bajamos a la circunvalación, junto al río, y allí, al tiempo que la visión quevedesca de las ruinas, tendremos la perspectiva mejor de la torre. Como contrapunto al deterioro del palacio, el paseo donde nos hallaremos entonces, al borde del río, es un auténtico placer. Oiremos la corriente del Aguasvivas, y cruzando una pasarela, accederemos a un parque muy cuidado, disfrutaremos de la visión de los huertos. Siguiendo por el río en dirección a Lagata –que sólo dista 20 minutos, andando–, encontraremos la ermita de la Virgen de los Dolores, rodeada de otro parque bien cuidado. Se parece a otras ermitas vecinas del XVIII, como la de Almonacid. Su emplazamiento exento, con su entorno ajardinado, deja ver muy bien la gracia de su planta floral, abierta en tres absidiolos alrededor de su cúpula y linterna, acogidos por una suave curva rococó.

## 10/15 ALMONACID DE LA CUBA

Almonacid de la Cuba debe su nombre y su fama a la enorme presa romana que corta y regula el caudal del Aguasvivas. Lo de Almonacid equivale al Al-monastir, y se refiere a un cenobio visigodo que hallaron los árabes aquí, pero del que sólo queda alguna piedra. La Cuba se refiere al gran embalse creado por los romanos, obra del siglo primero, contemporánea de la fundación de Zaragoza, y con la que se aseguraba el riego y el agua potable en Belia o Belchite, a un paso de allí. Esa función de regulación la cumple hoy el embalse de Moneva, río arriba, aunque la capacidad del actual es parecida a la de la mítica Cuba. Se trató de una proeza de la ingeniería imperial, récord entre las presas romanas, con 34 metros de altura.

Si se llega a este pueblo desde Belchite, se pasa necesariamente sobre esta presa. Pero sólo al atravesarla, y descender hasta el molino –hoy centro de recepción de visitantes–, nos percataremos de qué fue aquello. Ejemplo de intervención del hombre en la naturaleza, la presa materializa en su plano artificioso la sección en ángulo obtuso del cauce. Se trata de un enorme paredón, que comienza con un trabajo de sillares, que se acomodan a los estándares romanos del sistema “opus quadratum”, un paramento que asciende mediante leves escalones. Esta espectacular labor de piedra (piedra que procedería, dicen, de las vecinas canteras de Fuendetodos) sujeta y refuerza un trabajo más masivo, de elementos más heterogéneos, al que llamaban “opus vittatum” que es el que asciende, verticalmente, hasta la coronación, por donde corre ahora una barandilla.

La presa no es sólo un elemento de fascinación para arqueólogos e ingenieros, de un modo u otro ha seguido estando viva. Es el origen de una acequia, y proporcionó su energía al citado molino que estuvo en funcionamiento hasta 1961, cuando una riada histórica lo arruinó. Ese molino harinero se ha restaurado recientemente, y sirve de punto de entrada a un fascinante paseo fluvial, acondicionado con un puente colgante, y con pasarelas después, que nos conducen de un modo alternativo hasta la parte final del pueblo, donde se ensancha el valle. Cobran al visitante un precio módico, que rentabilizarán con creces la experiencia y las explicaciones de los guías, que conocen bien la historia de la presa, del río y del pueblo.

Durante el paseo por las pasarelas, es fácil que estén vigilándonos las cabras montesas de un rebaño que allí habita. Aguas abajo de la presa, el Aguasvivas ha excavado un desfiladero al que llaman El Focino (diminutivo de hoz o foz), y que llega a estrecharse tanto en algún punto, que se rebautiza Focinillo. Los visitantes irán bajando el río por su orilla derecha, quedando a su izquierda el pueblo, con casas que se asoman a la hoz, siendo la margen derecha el territorio de las aludidas cabras, que disfrutan burlándose de los humanos desde sus escarpaduras. Del lado del pueblo queda la acequia, y el agua que va perdiendo refresca la roca. Pensando en los paisajes áridos que hemos podido ver en los alrededores, todo nos sorprende más: lo pintoresco de las rocas, las pozas del río, el frescor, la vegetación. Las higueras, que abundan en la comarca, aprenden aquí a crecer en cualquier parte, aprovechando un resquicio en la caliza. Gracias a las pasarelas, pasaremos junto a la que llaman la cueva de las higueras, que retaba antaño las aptitudes de los vecinos jóvenes para la escalada.



El final del camino fluvial nos deja en un paraje de rara feracidad, donde crecen, por ejemplo, almeces, aquí llamados allonderos, y con los que antaño se fabricaban horcas. Almonacid de la Cuba se llegó a rebautizar “de las Horcas” También trepa por los árboles el lúpulo, al que le gusta la humedad. Nos cuentan que desde aquí se abastecía en sus tiempos primeros la fábrica de La

Zaragozana, la famosa cervecera.

Volviendo a cruzar el Aguasvivas, se accede pueblo por su extremo norte, junto a uno de los lavaderos, zona donde nos sorprenderán algunas decoraciones murales, obra de Jesús Barranco, pintor residente en el pueblo, al que conocíamos por la ermita de Moneva. Esta es la zona que fue la Morería y donde alzaron en el siglo XVIII la bella ermita de Nuestra Señora de los Dolores. En este templo se repite el esquema de tres ábsides alrededor de cúpula y linterna, unidos en una elegante curva, según modelo típico en la comarca. Desde la ermita, se puede deshacer el camino que se anduvo por el río, pero atravesando el pueblo por su calle Mayor, la cual se ensancha a su mitad en la plaza del Rebote. Este nombre recuerda los partidos de pelota en la pared de la parroquia próxima. Esta iglesia (Santa María) es más que notable. De entrada, por su torre, compuesta de tres tramos, uno de mampostería, hasta la altura de la nave, otro de ladrillo, de mudéjarismo austero, más un remate barroco octogonal, de los que ya estamos acostumbrados a encontrar. Esta iglesia data del XVI, y su interior lo caracterizan sus cuidadas bóvedas de crucería en la nave central y las capillas, una sola de las cuales es posterior, pero también interesante, capilla barroca con restos de pinturas. Allí, como curiosidad, se ve un escudo del pueblo, donde se lee “Almonecil de la Cuba”, sobre cinco palomas blancas procesionando. Se debe señalar además el pequeño museo de arte y tradiciones religiosas, habilitado donde estuvo el salón de actos parroquial.

La portada de la iglesia merece también la pena, porque es de un clasicismo enormemente limpio, tan romano en su espíritu como la presa. Una presa, por cierto, que nos encontraremos reproducida allí mismo, frente a la iglesia, en una maqueta de piedra, cuidadísima. Gracias a ella podemos repasar los detalles del monumento clave de Almonacid, antes de regresar al mismo, haciendo que nos apetezca repasarlo. Entre la iglesia y la presa, no obstante, no nos debemos perder lo pintoresco del resto del pueblo, que guarda en este extremo sur la sorpresa de la calle Barrio Verde, eje de la Judería.

## 11/ 15 ALMOCHUEL

Si el río Aguasvivas entra en la comarca por Moneva, la abandona en Almochuel, regresando a la provincia de Teruel, aunque en un paisaje muy distinto. El término de Almochuel se asemeja a una especie de apéndice que surge, al oeste, del Campo de Belchite y que se inserta entre los términos vecinos, pero turolenses, de Azaila y Vinaceite. Por uno u otro de ellos debe pasarse si se quiere acceder por carretera.

Los yacimientos de la inmediata Azaila hablan de la vieja España prerromana, y del mítico toro que allí desenterraron, una seña de identidad ibérica. Almochuel, no obstante, tiene un origen mucho más moderno. Fue a finales del siglo XVIII cuando don Agustín de Lezo y Palomeque (Lima, 1724 - Zaragoza, 1796), arzobispo de Zaragoza, financió la repoblación de ese lugar, que pasó a llamarse Almochuel de San Agustín, apadrinando a catorce colonos a quienes otorgó tanto casa como tierras.

El que aquel arzobispo naciera en Perú se debe a que su padre, de noble familia guipuzcoana, fue allí nada menos que el virrey. La solemne entrada en Zaragoza de Agustín de Lezo, a lomos de la tradicional mula blanca, tuvo lugar en 1784. De modo que se encontró con la cúpula Regina Martyrum ya pintada, y con Goya en la corte de Madrid. Podemos imaginar que su relación con este obispo, famoso por su inteligencia y caridad, hubiese sido mejor que con los cabildos con que le tocó lidiar al pintor. Miembro de la Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, íntimo, se dice, de D. Ramón Pignatelli, Lezo y Palomeque tuvo que tratar a los grandes amigos de Goya, activos socios de la Económica, como Martín Zapater o Juan Martín de Goicoechea, y tal vez al propio pintor en cierta estancia suya en la ciudad, en 1790, cuando lo nombraron socio de honor.

El trazado urbano simple y claro de Almochuel responde al espíritu ilustrado de la época. Todavía podemos contar las catorce casas de los catorce colonos, siete a un lado y siete al otro de la calle principal, unas amplias casas adosadas, que (en lo general) mantienen su fisonomía primera, con su puerta de arco rebajado, en ladrillo, y sus tres pisos y el granero, más su tejado a dos aguas. Merece la pena seguir por esta calle hasta el final, donde hallaremos un viejo depósito de agua, y volver la vista atrás para descubrir la perspectiva, que se cierra, como recién dibujada, con el perfil de la pequeña iglesia: puerta, reloj y espadaña.



De ese punto, donde pervive un depósito, parte una canalización que se aleja en línea recta, y que nace del cercano Aguasvivas. Si la siguiéramos, daríamos con el llamado Embalse de Almochuel, que no es dependiente del río, sino del agua de lluvia, aunque este canal contribuya también a mantener su nivel con los caudales sobrantes. En realidad, se trata de una laguna natural regulada por el hombre, proveedora de agua para riego y, además, de entretenimiento en forma de pesca deportiva. Llegar hasta allí desde el pueblo supone un agradable paseo de quilómetro y medio.

Diminuto como es, Almochuel posee un encanto especial. Adosada a la iglesia, construida en la posguerra, se halla la pequeña escuela rural, con su pequeña fuente. Y más allá, alejándonos un poco de la plaza, la zona deportiva y de recreo, con un moderno frontón y una piscina muy cuidada, con su bar, su zona de césped y sus árboles, próxima al río. El tipo de espacio de esparcimiento veraniego que no falta en ninguno de los pueblos de la comarca.

Los olivos que flanquean la carretera hacen placentero el trayecto desde Belchite hasta Codo. Allí, junto al Ayuntamiento, crece una de las muchas higueras que ayudan a pasar bajo su sombra los veranos. Codo sufrió los efectos de la Guerra Civil, y esta casa consistorial es un ejemplo de la arquitectura del Servicio de Regiones Devastadas. También lo es la Casa del Cura con su decoración de arcos ojivales, cruces y sus detalles en cerámica. Encaja con aquella mística de lo cotidiano y de la tradición a la que entregaron ciertos poetas tras la contienda. Data de 1944 y es obra del trío de arquitectos Manuel Martínez de Ubago, Santiago Lagunas y Casimiro Lanaja, los mismos que habían firmado un año antes el Seminario Conciliar de Casablanca en Zaragoza, reconvertido hoy en oficinas municipales. La decoración medieval, que llega a cansar en ese inmenso seminario, resulta encantadora, por el contrario, en Codo. El espíritu de Santiago Lagunas (arquitecto, sí, pero sobre todo enorme pintor abstracto y también interesante poeta) se refleja bien en esta casa. Desde hace poco, este edificio alberga un Museo Etnográfico, que se nutre de las aportaciones de los vecinos del pueblo.

Junto a la Casa del Cura queda, lógicamente, la iglesia, templo barroco donde destaca torre de ladrillos delicadamente decorada, y a la que devolvieron a su ser, tras la guerra, los mismos arquitectos citados. Un prodigio de albañilería. Su advocación, San Bernardo, testimonia el vínculo de Codo con el Monasterio de Rueda y con la orden del Císter, algo que ya hemos visto que se extiende a otros pueblos de la comarca como Samper de Salz o Lagata. Esto nos recuerda también que esos arcos ojivales de la casa del cura no son de inspiración gótica, sino cisterciense, mucho más humilde.

El 20 de agosto se honra, precisamente, al patrón San Bernardo, y en esas fiestas se repite, cada año, el Dance de Codo o Paloteado, cuyos ejecutantes lucen trajes adornados con cintas y cascabeles, y entrechocan sus palos al ritmo de una música propia, tesoro del patrimonio musical aragonés. En la calle de San Blas veremos un grupo escultórico que recuerda esta tradición.



Codo conserva la casa donde naciera Benjamín Jarnés en 1888. Fallecido en Madrid en 1949, Jarnés fue probablemente el mejor prosista de las vanguardias españolas, colaborador de "La Revista de Occidente" y de muchas otras revistas, autor de novelas como "El profesor inútil" o "El convidado de papel", y celebrado también por sus biografías publicadas en la colección Austral, serie anaranjada, así su

"Doble agonía de Bécquer". A él se dedica, en la calle Mayor, eje urbanístico del pueblo, un "Centro de Exposiciones y Cultura". Jarnés se consideraba hermano menor de Goya y de Gracián. Recordaba a menudo haber nacido en la misma comarca donde lo hiciera Goya y haber avanzado, como él "desde el esparto hasta Madrid". El escritor de Codo escribió y disertó a menudo sobre el pintor de Fuendetodos.

Es curioso que dos protagonistas de las vanguardias aragonesas, Benjamín Jarnés y Santiago Lagunas tengan vinculación con Codo.

A la entrada del pueblo se ubica el antiguo lavadero público, recién restaurado. Es un ejemplo perfecto de este tipo de construcciones, con cubierta de madera y paredes de piedra. Su armoniosa simetría conserva la memoria de generaciones de mujeres rurales. Junto al lavadero, se hallan las obras de un futuro Centro de Interpretación del Planerón, un santuario ornitológico creado por SEO/BirdLife en 1992. Uno de los varios ejemplos de infraestructuras culturales “aparcadas” en esta comarca.

El Planerón se sitúa a caballo entre los términos de Codo y Belchite y es un reclamo para los amantes de la naturaleza. Allí hallaremos una elevada densidad de aves esteparias como la alondra ricotí. Lugar de cría de la collalba rubia, la ganga ortega o el alcaraván, es también territorio de caza para el águila real y otras rapaces, recibiendo la visita de muchas otras especies en temporada invernal.

**Fuentes:**

**Un modelo de arquitectura y urbanismo franquista en Aragón: La dirección general de regiones devastadas, 1939-1957**

**José Manuel López Gómez**

### 13/15 BELCHITE

Sobre Belchite se ha escrito mucho, y sobre todo se ha escrito en referencia a la batalla que allí se libró en 1937, y sobre la decisión posterior de construir un pueblo nuevo, dejando las ruinas del viejo como memoria de la guerra, algo que ha terminado convirtiendo a esta localidad en símbolo. Miles de visitantes siguen impresionándose con la elocuencia de esas ruinas, y parándose ante esa copla escrita a sus puertas: “Pueblo viejo de Belchite, / ya no te rondan zagales,/ ya no se oirán las jotas/ que cantaban nuestros padres”.

Los impresionantes vestigios de la guerra no se limitan al recinto del Pueblo Viejo, hoy protegido y cerrado por una valla, a escasa distancia, camino de Lécera, junto al Aguasvivas y sus huertas, se encuentran las ruinas del Seminario Menor, un gran edificio del que poco queda, apenas la fachada de su iglesia. En ella, bajo un óculo ideado por sus arquitectos, se abre otro, inmenso, provocado por un obús. Ambos compiten en mostrar el cielo azul, pues del resto del templo nada queda. Esta destrucción se explica porque el seminario fue un bastión defensivo de los falangistas.

Frente a las ruinas de Seminario, al otro lado de la carretera, se halla uno de los lugares más insólitos entre todos los muchos lugares insólitos de Belchite y su comarca: la Pequeña Rusia. Este es el nombre que se le dio a un campo de confinamiento, creado tras la batalla, donde se mezclaban, en barracones, los presos políticos que construían del Belchite Nuevo y algunas familias locales tachadas de izquierdistas. No obstante, lo que vemos hoy es sólo parte de lo que aquello fue, sólo algunos barracones y almacenes, más la capilla. El resto fue desmantelado. Una torre de vigilancia, entre otras cosas. Ello justifica que la capilla quede separada del resto de las construcciones por un campo labrado. La pequeña capilla, que vigilaba el dudoso fervor de los habitantes de la Pequeña Rusia.

La relevancia de la gran batalla eclipsa, posiblemente, la historia anterior de Belchite, un emplazamiento estratégico desde antiguo, y víctima por ello de varios otros conflictos. El polígrafo aragonés Miguel Cortés y López, contemporáneo de Goya, se arriesga a identificar con Belchite la Belia aludida por Ptolomeo, posible confín oriental, dice, del territorio de los lusones. En cualquier caso, lo que sí es cierto y palpable, es el yacimiento arqueológico próximo al Santuario del Pueyo, donde va saliendo a la luz una ciudad romana ya habitada en el siglo I antes de Cristo.



Este Santuario del Pueyo, próximo a esas ruinas, se halla a 3 kilómetros del centro Belchite, y nos impresiona por su tamaño y por su perfil desde la carretera que conduce a Fuentetodos. Desde lejos apreciamos un cuerpo cuadrangular, sobre el que se elevan las linternas barrocas de hasta cinco capillas, una en cada esquina, alrededor de otra central más elevada, pero también nos sorprende que, separada del templo por un patio y algunas dependencias, se levante una torre muy distinta, de trazas mudéjares, que es testimonio del anterior santuario medieval. Es una excusa más que justificada para detenernos. En algún sentido, hay algo que nos recuerda a las hechuras del Pilar de Zaragoza, como si se tratase de un hermano menor. Esto no es de extrañar, pues las tradiciones de uno y otro santuario están vinculadas al apóstol Santiago, pues se supone que fue un discípulo directo suyo quien trajo aquí la imagen de la virgen y quien construyó la ermita primigenia.

El Santuario del Pueyo está vinculado a Galindo Sánchez, primer señor del lugar tras la Reconquista, en tiempos de Alfonso el Batallador, tiempos en los que se crea la Cofradía de Belchite, una de las órdenes militares creadas en Aragón. La historia eclesiástica de la localidad fue tan relevante como su desarrollo económico. El pueblo viejo alberga las ruinas del Convento de San Rafael, de la iglesia de San Agustín, y la más veterana de todas, la de San Martín de Tours, de fábrica mudéjar en la que sobresale su impresionante torre, a la que confieren una dignidad especial las agresiones del tiempo y de la guerra.

La radical decisión franquista de construir un pueblo nuevo dio una oportunidad inédita a los arquitectos de Regiones Devastadas. Se trataba de arquitectos que bebieron, en realidad, del racionalismo en boga durante la República, pero que tuvieron que acomodarse al talante tradicionalista del bando vencedor, de modo que los resultados caminan en la cuerda floja entre la racionalidad y el historicismo.

Durante algunos años los vecinos siguieron viviendo en sus viejas casas, hasta que les entregaron las nuevas. Algunas de esas casas, por cierto, no estaban en tal mal estado como las vemos ahora, pues el abandono terminó el trabajo que inició la pólvora. Y del mismo modo que las casas particulares fueron encontrando su reflejo al norte, en el Pueblo Nuevo, también

lo fueron encontrado los edificios públicos y religiosos. Así, la vieja iglesia de San Martín de Tours tuvo su imagen en un nuevo templo de idéntica advocación.

Manuel Martínez de Ubago, de una de sagade arquitectos navarro/aragonesa, es responsable del diseño de esta iglesia. No sorprende que conjugue en ella el estilo románico, cosa nada infrecuente, sorprende más su altísimo campanario octogonal, vigilado en su base por cuatro ángeles, y rematado de tal modo que asemeja un alminar musulmán. La misma plaza a la que asoma esta iglesia la cierran el conjunto del Ayuntamiento y la Biblioteca, con sus acogedores porches, diseño racionalista disfrazado de gestos historicistas y que es obra del arquitecto zaragozano Antonio Chóliz. Tras estos porches se esconde uno de los mayores secretos de Belchite: su teatro. Concebido durante el Franquismo, premaneció inacabado e inoperante hasta 2019, cuando se recuperó como escenario para actividades culturales. El visitante se encontrará allí con un espacio espectacular, desnudo y brutalista en cuanto a su decoración, o falta de decoración, de paredes de hormigón, que ha resultado un escenario perfecto tanto para sus usos teatrales como para acoger instalaciones artísticas, como demostró la exposición inaugural con fotografías de Gervasio Sánchez (y que ocupó también el Pueblo Viejo), organizada por Territorio Goya.

Entorno a esta plaza porticada se hallan buena parte de los servicios hosteleros y comercios de Belchite, que viene cumpliendo, desde siempre, su papel de cabeza de partido. Y no lejos, al otro lado de la iglesia, se hallan un parque y un estanque donde disfrutan los patos, y que lleva siendo alimentado desde hace siglos por una acequia romana. Siendo Belchite un lugar de pluviosidad escasa y alrededores esteparios, esta acequia recuerda la sabiduría con la que, desde antaño, se han aprovechado aquí los recursos hídricos, el caudal inconstante del río Aguasvivas.

Belchite es un pueblo de servicios, pero su esencia es agrícola. Sería un grave pecado abandonarlo sin llevarse una botella, o mejor una garrafa de aceite. Si los aceites aragoneses son, en general, de los mejores del mundo, el que se prensa en las varias almazaras de Belchite es excepcional. Además, hoy en día se han desarrollado nuevos productos artesanos alrededor de este oro líquido, desde patés u olivadas a cosméticos.

La memoria de la Guerra Civil nos servirá de excusa para descubrir un mirador privilegiado: el Mojón o Vértice Geodésico del Lobo. Podemos acceder al mismo por la carretera que conduce de Belchite a Letux, en la frontera con el término de Almonacid de la Cuba. En cualquier caso, es una altura desde la que puede descubrirse casi toda la comarca, y los montes que la tutelan al oeste. Se dice que, en agosto de 1937, Dolores Ibárruri, la Pasionaria, visitó ese enclave, y pudo recorrer, como lo haremos hoy nosotros, el túnel que excavaron, a pico y pala, unos mineros de Utrillas para cobijar a artilleros y cañones. Se trataba de tener a tiro, desde allí, las posiciones de Belchite. Del mismo modo, nosotros podremos disfrutar hoy, a vista de águila, de la estructura de los pueblos viejo y nuevo, de la planta del Santuario del Pueyo, etcétera.

## 14/15 LA PUEBLA DE ALBORTÓN

En septiembre de 2015, La Puebla de Albortón se vio alterada por la presencia de políticos y periodistas. Recibía la visita del carismático José Mújica, expresidente de Uruguay, que acudía allí para visitar el solar familiar de José Gervasio Artigas (Montevideo 1764- Asunción, 1850), libertador de su patria, uno de sus héroes. Quien nació allí, a finales del XVII, fue el abuelo de este personaje, llamado Juan Antonio Artigas, militar con ánimo aventurero quien, tras luchar en la Guerra de Sucesión, pero en el bando perdedor, probó fortuna en Sudamérica, y contó entre los fundadores de Montevideo.

Es curioso que el aragonés Félix de Azara, durante su tiempo de comisionado en el Río de la Plata, contase con el joven José Gervasio Artigas como lugarteniente. No sabemos si la ascendencia aragonesa de éste influyó en la elección. No sabemos si, mientras posó para Goya, a la vuelta de Sudamérica, Azara pudo comentarle al pintor sobre aquel tal Artigas, descendiente de La Puebla de Albortón, a dos pasos de Fuentetodos.

También es curioso que otro aragonés emigrado a Uruguay, Pablo Serrano, recibiera en su juventud el encargo de un busto de José Gervasio Artigas, y que una copia de éste haya terminado en la Puebla de Albortón, a un paso de la iglesia parroquial.

Aquel día de septiembre de 2015 en que José Mújica visitó la Puebla de Albortón se inauguró una plaza, la plaza de la Integración, diseñada por el arquitecto Luis Peña, y que ocupa el solar donde estuvo la casa familiar de los Artigas, un solar adquiridos por la Federación de Instituciones Españolas en Uruguay, donado después al Estado uruguayo. Esta plaza se configura como una especie de ágora, limpia, blanca y abierta, un lugar que parece hablar de diálogo. Frente a ella, nos llamará la atención la portada de una vieja iglesia, la de San Sebastián, con su santo titular en una hornacina, portada emparedada entre el Ayuntamiento y una casa del pueblo. Iglesia que dejó hace tiempo de serlo.



En tiempos de Goya y de Azara, Antonio Ponz viajó por España haciendo recuento de cuanto veía, con ojos de hombre ilustrado, preocupado por las industrias y obras públicas. En uno de los tomos de su "Viaje de España" (1772-94) dice de La Puebla de Albortón que "hay en este término abundancia de mármoles de mezcla, o jaspes". El asunto de la cantería en este contorno es importante. Algunos de los mármoles que se utilizaron en El Pilar, para ornar la Santa Capilla, viajaron desde Italia, pero otros hicieron un viaje más corto, desde aquí. La

Puebla sigue siendo tierra de canteras, y se ha convertido lugar de peregrinación de geólogos, senderistas y escaladores, sobre todo en el paraje de la Foz de Zafrané, singularísimo, una hoz profunda en cuyo centro, como algo insólito, se alza una alta columna, sosteniendo ahora la nada, en el pasado, un puente del tren de Utrillas. Tren del que hablaré luego.

También añade Ponz, al hablar de La Puebla, que “no tiene más agua este pueblo, que el de una balsa para beber y para los demás usos”. A diferencia de otros pueblos de la comarca, vecinos de ríos, más o menos estables, aquí no había otro recurso que el agua de lluvia, y para conservarla se recurría a balsas. Dos de ellas están en la parte alta, y merece la pena visitarlas. Una de ellas, espectacular, se configura como una gran estructura de cemento y piedra, perfectamente circular. En esta zona, hay también un pequeño pinar y un merendero. Regresando desde allí hacia el centro del pueblo, conviene pararse un momento, y apreciar la estructura de La Puebla, ordenada alrededor de su iglesia, iglesia de un barroco tan austero como el paisaje circundante.

## 15/15 VALMADRID

En una historia de los ferrocarriles aragoneses, Eloy Fernández Clemente no deja de dedicar su capítulo al tren de Utrillas. Era una línea mixta, minera y de pasajeros, que se inauguró en 1904 y que cerró sus estaciones en 1966. El historiador tiñe de poesía la narración de este final: “El pequeño tren, ya no llevará más cazadores de madrugada los fines de semana, de Zaragoza a los secarrales de Valmadrid...” Esta línea férrea atravesaba la comarca de Sur a Norte, dejando atrás las Cuencas Mineras turolenses en las Ventas de Muniesa, y pasando junto a Lécera y Belchite, y más adelante por la Puebla de Albortón antes de llegar al puerto de Valdescalera, previo a Valmadrid, obstáculo que los ingenieros decidieron eludir perforando un túnel. Este túnel consumió él solo gran parte del presupuesto de la infraestructura. Hoy es una curiosidad que queda a un paso de la carretera que une la Puebla de Albortón y Valmadrid.

No lejos de ese túnel, en un apartadero llamado La Princesa (que está en el término de La Puebla de Albortón), junto a una cantera (que ya es término de Fuendetodos) se bajaría del tren un 4 de mayo de 1913 un curioso grupo de personas. Al frente estaba el pintor Ignacio Zuloaga. Desde allí emprendieron camino a pie hasta Fuendetodos, un recorrido que pudo llevarles dos horas, y que se plantearon como una romería espiritual hasta el pueblo de Goya. Esta romería se repitió ciento y pico años más tarde, en el aniversario del nacimiento de Goya, 29 de marzo de 2020, contando con descendientes de Zuloaga entre los participantes. Un trayecto a pie por parajes singulares y de historia atractiva, que puede ser la excusa perfecta para descubrir el territorio goyesco.

Esta línea férrea abandonada sigue siendo una asignatura pendiente. Otras parecidas se han recuperado, convirtiéndose en vías verdes. Todo se andará. De momento, en su estado de deterioro, es una buena excusa para hacer un poco de arqueología industrial y recorrer con una excusa melancólica el territorio. La senda del viejo talud no es difícil de distinguir en Google Maps, opción Satélite. Desde el mirador que queda en la parte alta de Valmadrid, frente a la iglesia, sentados en un banco y bajo unos plátanos, nos asomaremos al Barranco del Val, por donde pasaba el tren, y donde queda, arruinada, la pequeña estación, que tantos recuerdos trae a los vecinos.

La iglesia contigua anda ahora en trance de restauración, pero tuvo el privilegio de no verse afectada por la Guerra Civil, caso único en la comarca. Merece la pena acceder a su interior, por el dibujo de sus bellas bóvedas, que datan del siglo XVI, pero el exterior, en su desnudez encalada tiene un encanto singular, que deriva de su ubicación en alto. Merece la pena pasearse por el camino de Santa Bárbara, alejándose un poco del pueblo, y ver la iglesia desde el otro lado, y las geometrías limpias y blancas de la nave principal y de la capilla del evangelio prolongándose en vertical sobre la ladera. Esta iglesia y su torre se recortan contra unos montes de dibujo suave, y vegetación arbustiva.

Los zaragozanos suelen quejarse, sin motivo, de no tener ningún atractivo natural en sus alrededores. Cosa falsa. Valmadrid y sus montes son uno de ellos. En las proximidades del puerto de Valdescalera se hallan unos pinares estupendos, sin ir más lejos. A cuarenta minutos escasos de la plaza del Pilar. Desde que Torrecilla de Valmadrid, el término vecino, se convirtiera en barrio rural de Zaragoza, la capital aragonesa tiene frontera directa con Valmadrid. Y algunos zaragozanos siguen aprovechando la cercanía para venir aquí. Ya no se trata de aquellos cazadores que madrugaban para coger el tren de Utrillas, sino que suele tratarse de ciclistas, a quienes les gustan las carreteras tranquilas y serpenteantes, y a quienes les gusta también homenajearse con un potente almuerzo en el bar del pueblo, sito en

laestratégica Replaceta, junto a la calle Enmedio, que no oculta con su nombre marcar el eje del pueblo. Dedicando un poco de tiempo a recorrer esta y otras calles, a subir y bajar, descubriremos, sin prisa, ejemplos de arquitectura tradicional aragonesa, con buenos ejemplos de ventanas enrejadas.

